

BN
RD863.42
M676c

im

ALTASAR MIRO

CIRCULOS DE
ARENA Y DE HUMO

RELATOS

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EDICIONES AGORA



CIRCULOS DE
ARENA Y DE HUMO

32246

CIRCULOS DE
CIRCULOS DE
ALFARAZA Y DE HINOJOSA

BALTASAR MIRO'

CIRCULOS DE
ARENA Y DE HUMO

RELATOS

GRABADOS DE ALLOZA

COLECCION
"MARTINEZ-BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

EDICIONES AGORA

1 9 4 3



ITINERARIO DEL AUTÓNOMO

10 POEMAS AMARGOS — 1942

En preparación:

DOS SOMBRAS Y UN AMANECER

— NOVELA

HECHO E IMPRESO EN
CIUDAD TRUJILLO,
REPÚBLICA DOMINICANA

Imp. San Francisco :: calle Duarte esq. Luperón, Ciudad Trujillo

BN
RD863.42
M676C

A ALEJANDRO CASONA,
EN SU "LEJANO SUR".

Marling Boog-7-4-72

Reg. No. 001899



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

COMO en otros tiempos, el autor quiere acercarse a las candilejas con sus cuartillas en la mano. Levanta la voz en profesión de fé para decir que el arte no es un juego, sino un mensaje, una misión, una protesta de futuro. Empujado hasta aquí por los vendabales, por la alta e indomable ola —echa de ira, tragedia e ideal— que azota nuestra época, he escrito siempre en rojo y mi vida y mis cuartillas no han sido más que un impulso para acercarme, y acercar a otros, a esas fuerzas secretas que ponen fiebre de rumbos y presiones humanas en el pulso de un artista. Por ello he querido llevar la literatura hasta la calle y convertir la poesía en una barricada de futuro.

Y, ahora, bajo un poco la voz, para explicaros que los trabajos que se recogen en este pequeño volumen no son más que débiles tablas salvadas a un naufragio y tienen el único valor de un andén artístico.

Ya en el umbral, vaya mi agradecimiento al Licdo. Porfirio Herrera, a mi gran amigo el Arquitecto Mario R. Lluberes y a Don Enrique Apolinar Henríquez, gracias a cuya noble cooperación me ha sido posible editarlo.

Me es grato, también, hacer constar que es

timo en lo más hondo el aprecio intelectual que encontré siempre en Don Américo Lugo, en el alto poeta lírico Rafael Américo Henríquez y en Vigil Díaz.

Rindo, a la vez, homenaje a la memoria del malogrado Dr. Tomás Pastoriza, que fué de los primeros en creer en mí.

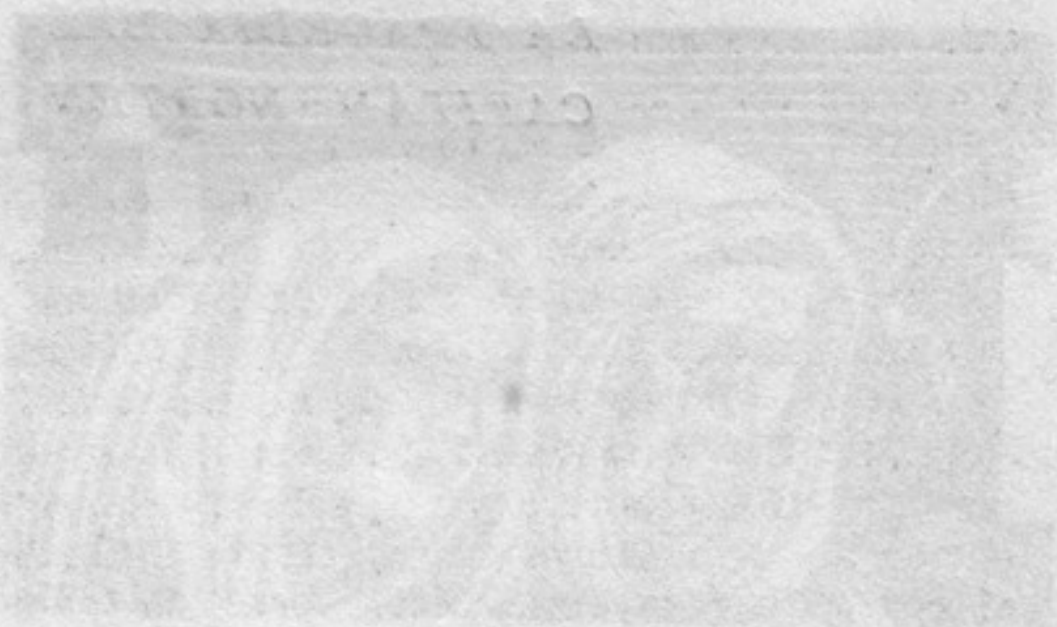
Además, como la edición de estos relatos, en una u otra manera, señala un cruce de rutas, un fin de etapa, entre el grupo de intelectuales y amigos dominicanos que me han alentado con su amistad debo añadir los nombres de Don Armando Oscar, Dr. Pedro Landestoy Garrido, Don Haim H. López-Penha, Don Rafael Damirón, Ricardo Roquez Martínez, Osvaldo J. Peña Batlle, Dr. Luis H. Valdez (hijo), Eduardo Matos Díaz, R. Marrero Aristy, Franklyn Mieses Burgos, Mario Sánchez, Joaquín Salazar, Alberto Henríquez, Tomás Erikson, Sigfredo Díaz y Freddy Prestol Castillo.

Todos ellos, y otros que no cito, pero que tengo presentes, me han hecho fundir con el paisaje y el espíritu de esta tierra dominicana que quiero como mía porque me dió amargura, emoción y vuelo, contribuyendo a que si algún día —el viento lo dirá— tengo que evocarla desde otra costa, lo haga con el dolor de un doble desterrado, de un hombre que llora dos patrias.

Baltasar Miró.

18. mayo, 1943. (amanecer).

*LA TRAGEDIA DEL
CAPITAN NORTEN*





RINCON del Medik: una bahía del Marruecos español, en la que se amontonan pescadores turcos, árabes, españoles, campesinos autóctonos y soldados. Antes, esa arena la pisaban únicamente los contrabandistas, en las noches de brumas y temporales inciertos, en las que se pone en juego la vida y el peligro del hombre. Ahora, en torno a una compañía de legionarios y a un campamento de reclutas, se ha ido formando este pueblo miserable, el mundo de barracas construídas con madera, caña y pedazos de hojalata, que tengo a mi espalda, por el que se arrastran seres derrotados, un ejército de hombres vencidos, de mujeres y niños hambrientos.

Tumbado en la playa, contemplo el espectáculo maravilloso de la aurora de las cosas, ese nacer diario de la naturaleza. El alba abre heridas de colores suaves sobre la superficie en reposo del mar, corta sus aguas con oros pálidos, malvas y azules inefables. En la orilla, una muchacha indígena, con carnes yodadas por el ar-

diente söl marroquí, arregla una red. Las olas resbalan por sus pies desnudos y los enredan y desenredan de reflejos del cielo.

Si uno pudiera hundirse, perderse en este sueño. Pero yo sé que dentro de muy poco el sol dominará todo, lo absorberá todo, y el mar, las figuras y el pueblo, serán una sola mancha violenta. Poco a poco irán desgarrando el aire los toques militares. Se oirá el monótono "un, dos", "un, dos", y los pies que se clavan en la arena del campamento, y veré manos huesudas de viejas y manos de niños solicitando una moneda de cobre y, al mediodía, ruedas de faldas negras y camisas rotas en la puerta del comedor, en espera de las sobras del rancho.

Cada día es más fuerte, más viva en mí, la nostalgia por mi cielo brumoso, blando, por mi ciudad traspasada de saudades y lluvias finas. Veo mi habitación abandonada, sola, los libros, que ya nadie abre, enterrados en el ataúd de los anaqueles, y los ojos tristes de mi madre, las manos de mi madre, limpiar todas las mañanas el polvo estéril de mi mesa de trabajo.

Siempre que pienso en esto me entra una desesperación sin orillas. Me pregunto qué hago yo aquí, en esta playa a la que los naturales llaman "la bahía maldita", metido dentro de un uniforme de soldado. Es cierto que traje mi Shakespeare y mi Biblia y que, de cuando en vez, recibo de la Península un grueso paquete de libros y revistas. Ayer mismo, el correo me trajo "La Montaña Mágica", la autobiografía de Isadora Duncan y varios relatos rusos. Mas, algunas de estas obras, como las memorias de la Duncan, producen en mi espíritu un choque, un deseo violento de huir de esta monotonía sin confines, de reincorporarme a la urbe: a las luces, a los

conciertos, a las exposiciones de arte moderno, a la civilización.

¿Para qué ese sacrificio sin sentido, inútil, de un año de mi vida? Durante cuatro meses no ha hecho más que llover. El viento y la lluvia, desposados violentamente, impetuosamente, arrastran las copas de los árboles de la estrecha carretera, que separa al campamento del pueblo, y el mar furioso azota las casas miserables y los barracones largos de los soldados. Tumbados sobre nuestras jergonetas de esparto, encendemos todas las noches los cigarrillos del recuerdo. Afuera, el viento y el mar son amantes que se buscan para decirse sus cuentos de aquelarre, historias terribles de noches sin luna. Se dirán los cuerpos vírgenes que han estremecido de miedos, las barcas y los árboles que derribaron, el temblor de los ojos muy abiertos, llenos de angustias y sueños varados, de una doncella que se ha vuelto loca a su paso. Pero aquí, bajo las estrellas marchitas de las lámparas de gas, las almas son esponjas que absorben sensaciones e imágenes de ayeres cercanos. Pasa la casa campesina, la moza y la flor, y hay retinas que aprisionan malvas y grises melancólicos de paisajes norteños dulces de perales y lluvias, y otras en las que se ven campos yermos, tierras de Extremadura y Castilla sin árboles y con dehesas, sin pan y con dolor. Y va saliendo todo —pueblos, campos, y risas ausentes— del mapa lírico, sentimental, de las canciones populares:

*(Al olivo, al olivo,
al olivo subí;
por coger una rama
del olivo caí...),*

de la tristeza sin fin del alma de los soldados.



Llovió durante cuatro meses lentos, interminables, hasta que, bruscamente, sin gradaciones de transición en el paisaje, la luz implacable del sol ha absorbido el Rincón del Medak, quemándole y quemándonos en su hoguera.

Oigo la llamada de la trompeta. Instrucción. Incapaz de moverme, de romper las fibras de mi sueño, permanezco echado sobre la arena —con fin inefable de velas y azules en mis ojos— mientras los primeros pasos de los reclutas se clavan en mi frente.

* * *

He hecho amistad con Nora, la hija del Teniente Ripoll, belleza tetuaní de grandes ojos verdes y cabellera rebelde. Nuestro encuentro fué en un recodo de playa. Mi alma decía: "Oh, Nora, que poco espacio para tu cuerpo ágil y altivo de dieciseis años, para tus ojos que tumban voluntades y traspasan fronteras", mientras ella se iba acercando hacia mí.

—Buenas tardes, Ricardo. He oído decir que usted recibe muchos libros. ¿Podría prestarme alguno? La vida aquí resulta tan aburrida.

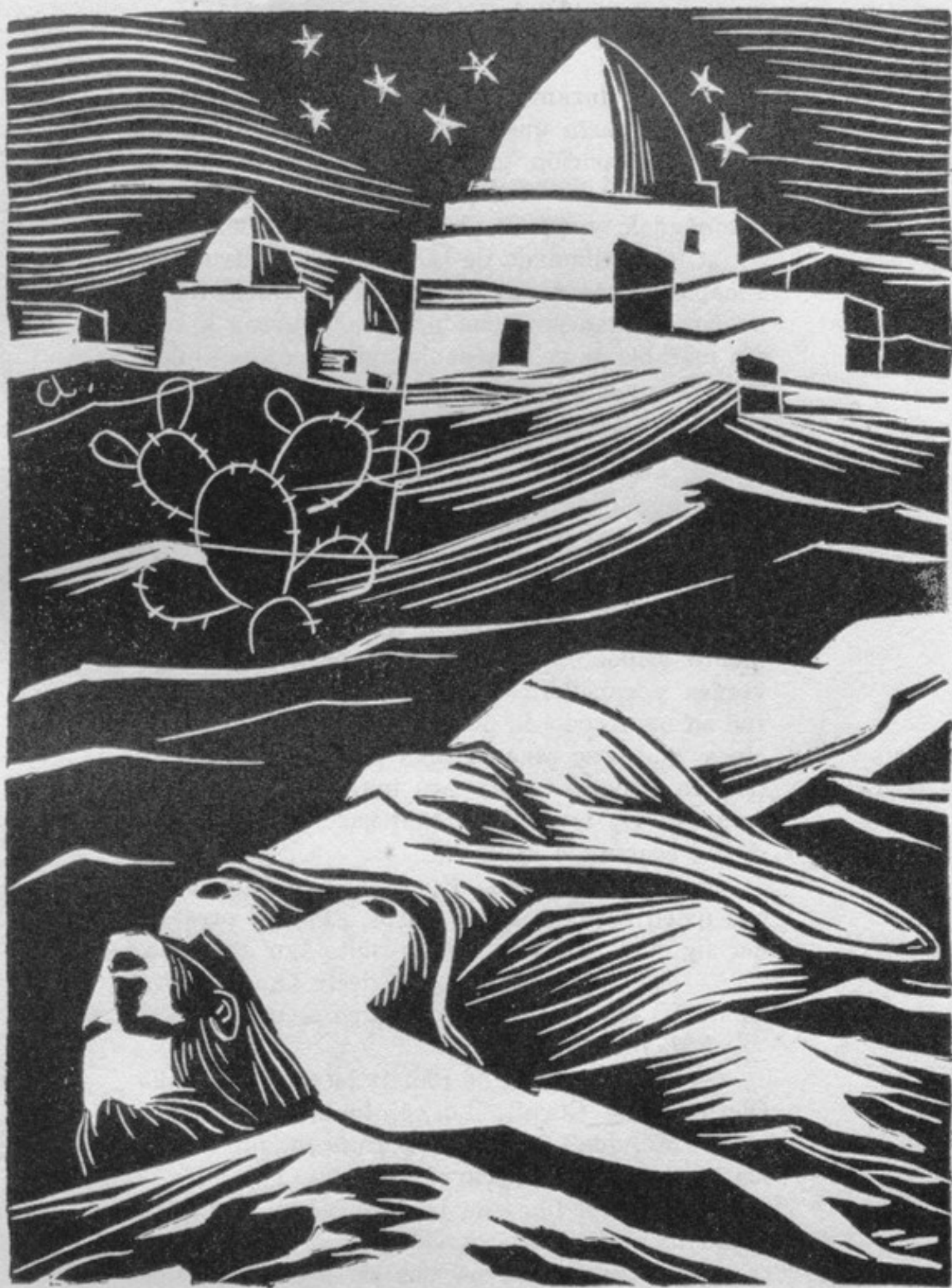
—Encantado. Le voy a decir algunos títulos de las obras que poseo y usted escoge.

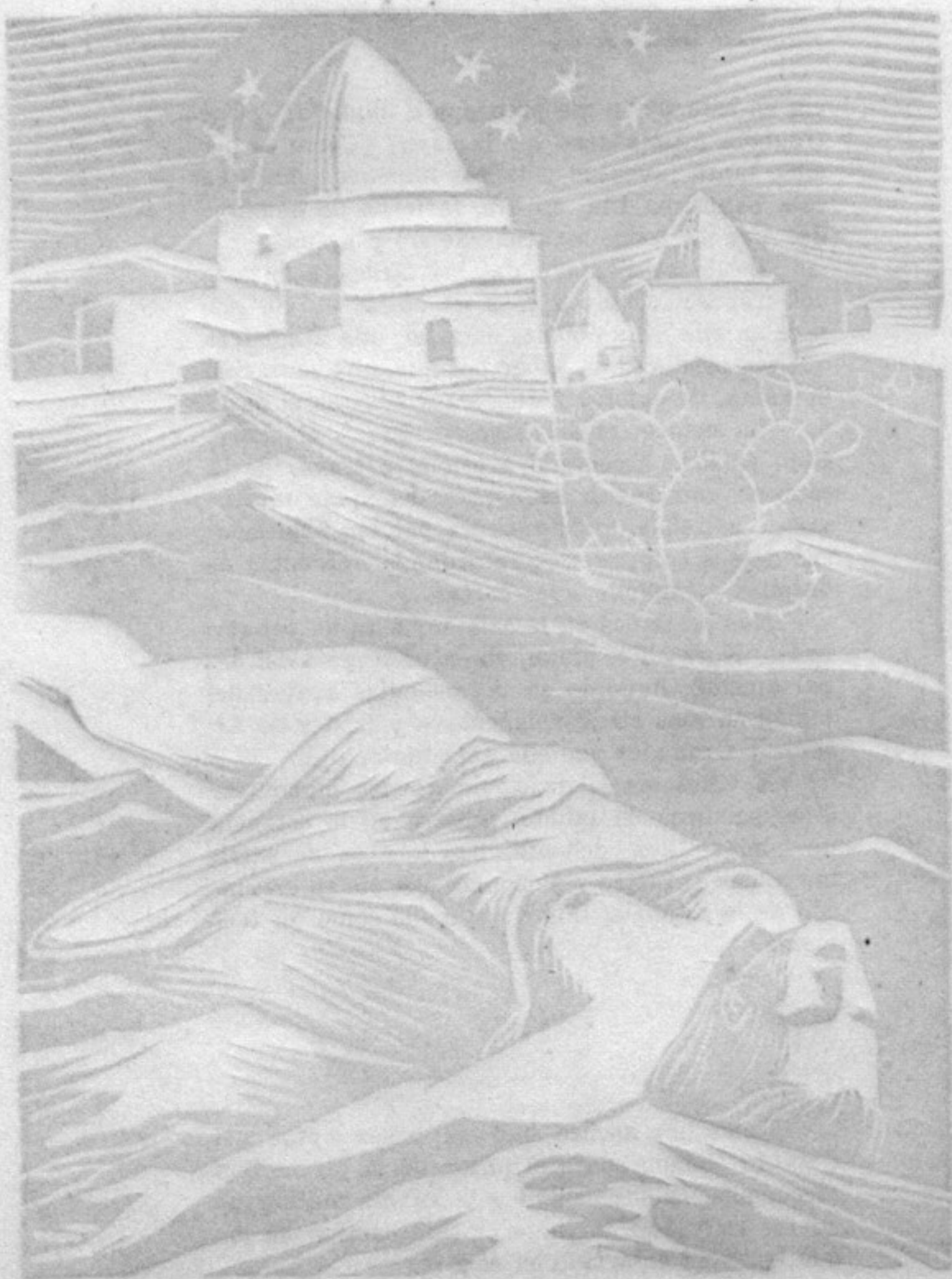
—Conforme.

—"Nerransula", de Panait Istrati, "Varenka Olesova", de Gorki, "Los pintores impresionistas", "Mi vida", de Isadora Duncan, La Biblia, las obras de Shakespeare...

—Deme el libro de Isadora. Era una gran bailarina, ¿verdad?

Nora es uno de los dos seres cuya presen-





cia en esta playa me preocupa e inquieta. ¿Qué tragedia íntima debe ser la suya? ¿Cómo es posible tanta juventud y tantos ímpetus quietos en esta bahía maldita, en este infierno de hombres desterrados sobre manchas de sol y arena?

Desde aquel día, todas las tardes, a la hora del crepúsculo, voy a casa de Nora. Se respira en ella un ambiente extraño, una atmósfera que me produce, sin saber por qué, una sensación de ruina, de objetos y almas ancladas en el pasado. La madre murió hace tiempo y el padre, viejo soldado ascendido a oficial a través de la campaña marroquí, de noches del vivac inmensas de estrellas, anda siempre por las habitaciones de sus compañeros, recordando anécdotas de batallas y jugando a las cartas.

Nos sentamos en la sala envuelta de penumbras, Nora en el piano, yo en un ángulo del departamento, hundido en las melodías suaves del piano, en esos aires melancólicos y tristes de Albéniz y Granados que ella ama tanto.

A veces, en silencio, sin apenas murmurar unas palabras de saludo, penetra en la estancia un hombre alto, delgado, con huellas de sufrimiento en el rostro y permanece de pié en un rincón de la estancia, inmóvil y mudo como un fantasma.

* * *

Todas las noches sigo los pasos lentos del Capitán Nortén sobre la arena de la playa. Con frecuencia, la obscuridad y la lejanía me borran su figura y sólo distingo el fino camino de luz que traza su cigarrillo en el aire.

Ese hombre, ya casi anciano, jefe absoluto del destacamento, querido y respetado por todos, permanece siempre aislado, ausente, sumergido en no se sabe qué recuerdos. Lleva más de diez años destacado en el campo. Del Rincón del Medik a las cumbres agrestes, a los barrancos escarpados de Kudia Tahar. Rechaza sistemáticamente todas las proposiciones de traslado a la Península o la Plaza, así como los derechos de ascenso. En su torno se ha creado una nebulosa de leyendas. Desde el último campamento español en Marruecos hasta los cuarteles de Tetuán, imaginaciones temblorosas e inquietas se suspenden sobre su historia. Unos dicen que su tragedia procede de la retirada de Xauen, donde fueron pasadas a cuchillo su mujer y dos hijas, la mayor de ellas de una belleza extraordinaria, prometida a un oficial del Tercio, muerto poco tiempo después en un ataque por la reconquista de la ciudad milenaria. Otros, hablan de derrotas y fracasos sentimentales.

Yo sé que entre él y yo, aunque nunca hemos sostenido un diálogo largo, existen nudos espirituales más profundos que los que normalmente se crean entre personas que viven y ruedan juntas, que se comunican a diario sus pensamientos y sus problemas. La coincidencia de nuestro amor al silencio y al mar, de nuestros diálogos mudos en casa de Nora.

Silencioso y erguido, como un marino sobre su puente de recuerdos y confines de agua, se mueve por la penumbra agujereada de silencios y cuchillos astrales.

* * *

Al atardecer, la calle central del Rincón del

Medik, donde están las tascas, las pulperías y los cafetines indígenas, se llena con las voces y los pasos anchos de los soldados. Se produce una alegría tierna de espumas de vino, de cantos, el golpeteo de las fichas de dominó, la inquietud de esa muchacha que pasa, que ha dejado sus senos clavados en todos los ojos de hombre. Es una brisa cálida de sol tenue que arrastra alientos humanos a todo lo largo.

La noticia ha corrido rápidamente. Pasó de recluta a recluta, de mujer a mujer, y las gentes salieron de sus casas y formaron ruedas en el umbral de las puertas estrechas. Nora se ha suicidado. Y se ha hecho pronto de noche, y ahora estamos sentados en la sala mortuoria, frente al cuerpo inmóvil, sereno, ante las formas majestuosas y extáticas, y los ojos que se llenaron de azules pálidos del mar. No pudo resistir su angustia de horizontes cerrados. (¡Cómo aprietan los dedos impalpables de la arena y el sol marroquí en una garganta joven que busca la caricia de los luceros altos!) Los últimos pescadores del crepúsculo recogieron su cuerpo, llevado por los brazos castos de las olas.

Poco a poco se van apagando las velas y los llantos. El Capitán Nortén me hace un gesto: salimos. Y yo voy solo con mi dolor —¿a través de la playa, de las estrellas?— con mi llanto contenido, al lado de ese hombre que sufre y no habla.

¿Cuánto tiempo llevamos así, andando en silencio por caminos del alma? De pronto, de los labios de mi compañero fluyen frases rezadas en voz baja, casi en desmayo de monólogo:

—¿De qué estará hecho el espíritu humano?
¿Cómo podemos sobrevivir al espectáculo de la muerte, y más de una muerte tan cruel y tan

injusta? Mañana verá usted reír y cantar a los mismos seres que esta noche lloraban (algunos sinceramente, créalo), entregarse a sus tareas diarias... ¡Cómo si nada hubieran visto! ¡Cómo si nada hubiera sucedido...!

Dimos unos pasos en las sombras. El ruido del mar llegaba hasta nosotros amortiguado, enfermo. El Capitán, continuó:

—El dolor me acerca a la música, me produce una sensación inexplicable de liberamiento de ciertas inquietudes pequeñas que roen nuestra vida diaria como ratones invisibles, encadenándose al mismo tiempo en unas esposas de claras sensaciones mentales, de angustia dominada por la armonía. Es una lucidez rara que me predispone al enjuiciamiento sereno de mis ideas y de mis sentimientos. Esta noche va usted a oír el relato de mi tragedia, el hecho que determinó, de una vez para siempre, todos los pasos de mi existencia. Espere...

Hay una pausa de silencio y luz de estrellas. La voz del Capitán Nortén sale otra vez de la lejanía del recuerdo:

—Quisiera ser sobrio y sencillo en mi relato. Yo tenía entonces veintitrés años. Acababa de salir de la academia de cadetes y fui enviado a Marruecos. No crea que entré en la carrera de las armas por inquietud o voluntad propias, sino más bien por inercia, por fuerza de tradición. Mi abuelo fué militar, mi padre también. Todos los salones de mi familia tenían un brillo de espadas. ¿Para qué romper el hilo tradicional que hacía que las insignias de las guerreras viejas pasasen a los pechos jóvenes? Hasta le diré que al principio animó en mí cierto romanticismo, un concepto ingenuo, pero noble, del ideal. Pero cuando empezó la lucha. ¡Ah, usted no co-

noce la guerra, no puede imaginársela, y menos una guerra como aquella! Uno llegó aquí con la cabeza llena de palabras elevadas, se venía a cumplir una misión civilizadora, a sacar de las tinieblas a todo un pueblo... ¡Qué sarcasmo! Nuestros soldados eran campesinos tan simples, incultos y salvajes como los indígenas, los legionarios buscaban el botín a cualquier precio y cortaban las orejas de los moros como un trofeo de victoria, jefes y oficiales se enlodaban en el robo... Convoys "perdidos" que se vendían al mismo enemigo, el producto de cuya venta ignominiosa corría la misma noche por las calles de La Alcazaba, por los sucios cabarets y tugurios morunos, por los muslos de las mujeres, mientras nuestras tropas de vanguardia morían de hambre y de desesperación. Aquel espectáculo me produjo rencor y asco..., un sufrimiento amargo. Por rebeldía sentimental, por el fracaso de mis ilusiones, me sentía más cerca de los moros, que al fin y al cabo defendían sus tierras y sus costumbres. Presenté mi dimisión. Fué entonces cuando acaeció todo, cuando... mas, espere...

A mi lado hay una lucha interna, un ser que combate con los recuerdos, que inclina su frente sobre los senos de rocío del alba que quiere abrirse, y que, al fin, después de una batalla violenta consigo mismo, sigue:

—Aquella noche acabábamos de ocupar Xauen. Estaba en mi tienda de campaña, en un estado nervioso terrible, andando de largo a largo de mi estancia, más decepcionado y agotado que nunca. Hubiera deseado morir de un balazo, terminar de una vez con aquel sueño sucio de sangre... Entró un enlace con un sobre largo. Era una carta de mi padre, llena de improperios,

de frases sin sentido, en la que me llamaba cobarde y que terminaba, lo recuerdo exactamente, así: "...sigue en tu sitio, cumple con tu deber". Su lectura me exasperó del todo, me enloqueció por completo. Robar, asesinar, destruir..., aquello, aquello era mi deber. Y me lo decía mi padre, mi propio padre, al que yo quería y veneraba como a un caballero y a un santo.

Casi un grito, casi un sollozo, la voz del Capitán Nortén, que rompe el primer claror estruendoso del amanecer:

—Y en aquel momento penetra un moro en la tienda... Un moro viejo acompañado de una niña..., de una muchachita de doce o trece años, tal vez su nieta. Mis ojos se clavan fijos, penetrantes, en su cuerpo fino, grácil, en sus carnes morenas, en los senos que empiezan a brotar con madurez de espigas... El anciano me habla de un permiso para atravesar nuestras líneas de retaguardia..., para ir no sé dónde. Le hago salir con violencia y me quedo a solas con la niña mora... Mis manos resbalan por sus formas, que son a la vez tarde ardiente y madrugada fresca, agua y fuego, por las curvas suaves, en flor, que quieren modelarse y florecer en mujer, por sus pechos tungentes...

Cuando desperté, a mi lado había una botella vacía de ron, con el cuello roto. Mi vida quedó deshecha para siempre.

Isla, 40.

Capítulo de la novela

**DOS SOMBRAS Y
UN AMANECER**



VEN, gato! ¡Maldito animal! ¡Acaba de entrar! Así podré cerrar esta puerta última de la noche. No quiero ver el árbol del patio, no quiero ver las estrellas bajas, encendidas, islas brillantes en el océano del cielo. No quiero oír canciones. ¡Ven, entra, gato lujurioso y noctámbulo! Oye, oye como repican los tambores. Cerca y lejos, tambores. Cerca y lejos, canciones. Hay fiesta. Es noche de fiesta. Los negros bailan en el patio de Niña, la mulata de grandes caderas, la que acaricia tu pereza al mediodía con sus gruesas manos de lavandera; los negros bailan en torno a las hojas de los limoncillos y de los aguacates, bajo los luceros.

No mires mi mesa, ni la botella de ron. Sí, ella se ha ido, la he echado, ¡la he echado! Y yo estoy loco. Estoy loco o borracho ¡Estúpido animal! No te arrimes a la pared. No te acerques a la puerta del patio. Quisieras saltar por la ventana, huir hacia los tejados donde corre tu hem-

bra en celo; tienes sed de su piel fina por la que resbalan violines de sombras.

Pero, escucha esto. Entiéndelo. Es mejor que te lo cuente a tí que a un hombre. Los hombres son ciegos, somos ciegos, ciegos a todo lo que no sea su propio dolor o su propia alegría. Tú, al menos, vienes de la noche, has atravesado tejados y patios sobre los que caen las estrellas y se detiene el perfume del "velo de novia", por tu lomo se enredaron haces de luna y pasó el soplo cálido de la brisa, has visto como en las esquinas de las calles olvidadas se angustiaban los ojos de las muchachas por la soledad de sus senos en flor en medio de la noche estrellada, tú vienes de una vida mágica de embrujo y de misterio, vienes de la noche sensual y maravillosa del trópico...

¿Quién era yo, dime, qué era yo cuando apareció ella? Un cadáver, menos que una sombra, un ser doblegado por la violencia de una luz y un ambiente distintos al suyo y por el fracaso de una ideal bandera rota.

Escucha. La conocí un atardecer en un puerto del Este. Yo había vagabundeado todo el día por el muelle, contemplando el trabajo de los estibadores y los lentos movimientos de las gabarras y buques de carga por la superficie tranquila del río. Aquel rudo ir y venir de los hombres y de las cosas en torno a las aguas y a los aimacenes de mercancías, vigorizaba mi espíritu, azotado en los últimos años por los vientos de la derrota, con el aliento de la vida en marcha. El sol caía sobre las espaldas negras y rompía en juego de luces en los pechos mulatos, mientras el río transmutaba manchas violentas por tintes leves, desvaídos, y hacía temblar en su fondo fragmentos de quillas, pedazos de vela, huidizas estampas marineras.

Al fin, fatigado, fui a sentarme en un recodo de la playa. La espalda apoyada en unos sacos de azúcar, las piernas extendidas sobre la arena, abandonado el cuerpo a los dedos finos de la brisa, me sentía poseído de una suave laxitud física y moral. El río seguía arrastrando hacia abajo las voces de los estibadores y los últimos destellos del poniente. A lo lejos, el humo de las chimeneas de los ingenios flotaba sobre los inmensos lagos verdes de los campos de caña.

Entonces, apareció aquella mujer. La ví como avanzaba y se abría paso entre los grupos de trabajadores, erguido su hermoso cuerpo negro, majestuosa como una estatua modelada en sol. No sé cuando ni por qué empezó nuestro diálogo. Al principio me pareció una ramera de rango; su piel fina, sus labios sensuales, sus movimientos, exóticos en aquel marco de seres rudos, su vestido, me hacían intuir la tragedia de la carne que se juega a la hora del alba sobre el sucio tapete de la lujuria con los dados falsos del alcohol, el dólar y el vicio. Pero llevaba un libro de un escritor extraño, de un vagabundo sentimental y heróclito, que a la vuelta de todos los países de su imaginación encontró sólo la inquietud inaprehensible del cosmos y la muerte lenta entre las blancas paredes de un hospital: Panait Istrati. Te digo que había fuerza en el alma de aquella mujer. Su historia caía sobre los círculos de arena que iban trazando sus dedos y yo la veía proyectarse y agrandarse en no sé qué rincones profundos de mi espíritu. A los trece años se deshizo de su familia para avanzar sola por los caminos de la existencia. En todas las esquinas se enredó con una pasión; pasión por los libros, por la naturaleza y por los hombres. Aprendió inglés en un ingenio, saturóse

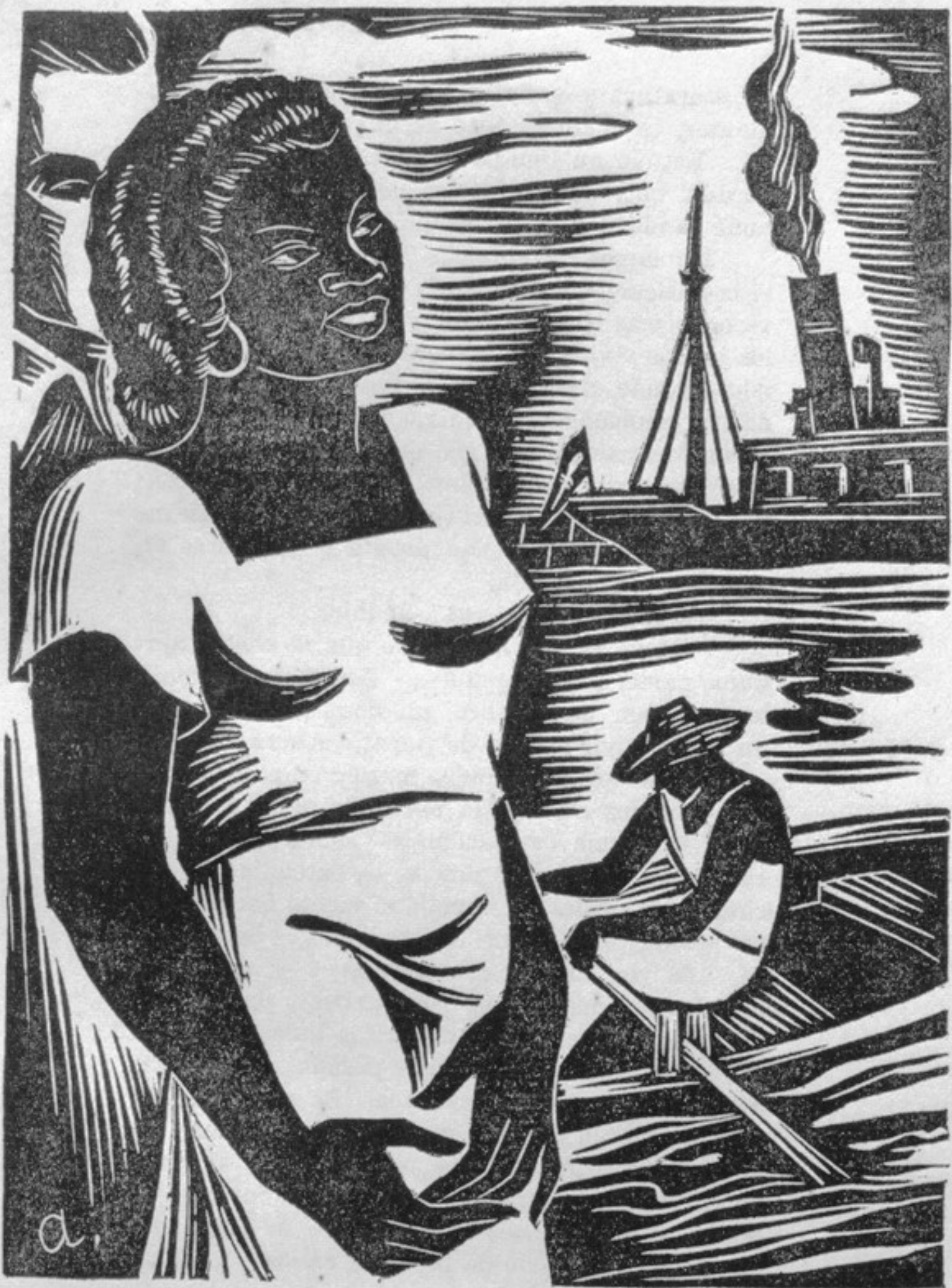
de literatura y sociología en un cuarto de estudiantes, en el tercer piso de una casa de la capital. Estuvo un tiempo de maestra en una aldea perdida entre riachuelos y bayahondas. Yo, desandé también pedazos de mi vida.

Hablamos. Hablamos. Sobre nosotros cayó el crepúsculo y se enredó la noche, y ya el río no recogía más que silencios y las débiles luces de los bohíos y casas de madera de la otra orilla, un islote donde vivían las familias de los yoleros y de los empleados del central próximo. Estrellas errantes atravesaban, allá arriba, el otro mar, el alto mar azul, tenso como una lejana vela fantástica. A mi lado sentía crecer y angustiarse una vida, una existencia pronta a quebrarse en pedazos, como la mía.

—¿Hacia dónde vas?, inquirí.

—Hace ya mucho tiempo que no voy a ninguna parte, —respondió—. Antes me hubiera bastado con un hombre, un hombre cualquiera, un bohío y un pedazo de tierra. Ahora...

Y, de pronto, aquella mujer empezó a cantar. Su voz cortaba la noche de orilla a orilla, caía en desmayos pasionales sobre las débiles ramas de los lejanos juncos, se extendía por encima de las yolas, la impelía el viento hacia todos los recodos en sombra... Era una voz de embrujo, una voz amplia con desmayos y estremecimientos pasionales, una voz intensa y dolidamente humana, mensajera de gritos abisales perdidos en la noche mágica del pasado de su raza. Sí, era su raza la que cantaba. Su raza, que me venció a mí en aquellos momentos y que acaba de destruirme y aniquilarme para siempre. Porque, de súbito, me arrastró un impulso furioso de poseer su maravilloso cuerpo negro, de fundir en su carne el desvarío de la noche cálida.



a.



Apartó mi deseo con un movimiento de sus labios sensuales. En su rostro todo era dolor y en él las viejas heridas y los viejos dolores estaban menos cicatrizados que las amarguras próximas.

Habíamos recorrido demasiado humo y demasiados recuerdos. Nos levantamos con la pesadez de las sombras y marchamos lentamente por las tablas del muelle.

—Ven, —me dijo.

Y me condujo hacia un ángulo de los docks, hacia una plazoleta formada por las paredes de distintos almacenes, donde brotaban las ortigas y caía la débil luz de una arpillera alta. Por los rincones en penumbra corrían los maullidos de tus hermanos. Y se me entregó allí, en un costado obscuro de la noche, se me entregó como una gata...

Al despedirnos le dí un papel con mi nombre y mi dirección. Un papel que ni siquiera miró...

Al día siguiente la busqué por todas partes. Pregunté a los estibadores y a los yoleros. Nadie la había visto. Desalentado, regresé a la ciudad, a mi cuarto de hombre vencido y derrotado. Transcurrieron días interminables como los lentos anocheceres de invierno en un país de brumas. Hasta que el destino la empujó otra vez hacia mí puerta, entró de nuevo en mi vida con sus pasos firmes y sus movimientos felinos. Por el espacio de mucho tiempo ha vigorizado mi sangre débil y gastada con las energías de su cuerpo de sol. Hemos andado por las veredas perdidas y las noches estrelladas, tumbándonos al borde de caminos secretos a contar los luceros. Me dió la angustia de sus senos duros y bebí en los timbres pasionales de su voz. Y ahora se ha ido. ;La he

echado! ¡La he echado, maldito animal! Y yo estoy loco. Estoy loco o borracho, mientras afuera la brisa empuja canciones por encima de los techos de yagua de los bohíos y los negros bailan en el patio de Niña, bailan en torno a las ramas de los aguacates y de los limoncillos, bajo los luceros.

Isla. Marzo, 43.

*UNA MUJER
A LA DERIVA*





TODAS las noches mi amigo y yo, después de abandonar los cómodos divanes de un café elegante, nos internábamos en los barrios míseros que rodean el puerto. Nunca habíamos intentado explicarnos el por qué de aquella huida nuestra, pero había algo en el ánimo de los dos que constituía un acuerdo tácito, un pacto: el desprecio por el medio social en el que teníamos forzosamente que desenvolvemos. Hablar todo el día con gentes frías, enquistadas, incapaces de un acto de rebeldía, en una atmósfera donde todo se calcula y se mide, hasta los sentimientos. Aquellas tascas —con olor a vino, a mar y a viaje— representaban el contacto con la vida; con el hombre y las cosas en movimiento, en lucha.

Mi amigo era alto, delgado, con huellas de sufrimiento y de elegancia espiritual en el rostro. Yo he sido siempre torpe de gestos y mi existencia un andar torpe y heteróclito por los caminos del mundo y de los libros.

Una de aquellas tascas nos atraía sobremañera. Formaba un estrecho rectángulo, a uno de cuyos lados había mesas de madera y desde donde podíamos contemplar un pedazo de calle de paisaje de bajos fondos, asaetado continuamente por el ir y venir de figuras borrosas, imprecisas en el marco de la penumbra.

El dueño ,Antony, un vasco que conocía los mejores puertos del mundo, que había bebido muchas veces el vino de la aventura y del peligro, parecía, con su deambular detrás del mostrador, entre botellas de licores baratos, un cuadro de los Zubiaurre. Era una atmósfera impregnada de sidra, de tabaco de contrabando, de barco y de mar. A veces, un grupo de marinos sacaban de un cuartucho un viejo acordeón, formando una rueda de vasos y de canciones, nostalgias y anécdotas de todos los países, nieblas y amaneceres pálidos en mares lejanos. Algunos de ellos, al salir de allí, con gestos vacilantes bajo la mejor luz del alba, embarcábanse para largas travesías, Singapur o Port-Said.

Pero nuestro gran refugio, nuestro camarote evasiones, era un pequeño cafetín del puerto. Sentados a lo marino, con la espalda apoyada en una butaca de mimbre y las piernas extendidas sobre un taburete, dejábamos que el tiempo pasase por nuestras almas como una esponja de sensaciones.

Contemplando el mar, malva y azul, cercano y distante, con su misterio de buques en reposo y su confín de riesgo y ventura, yo pensaba ya en escribir la novela de los ensueños rotos, de las luchas y el hambre de centenares de emigrados, la novela del polizón, del descargador y del fugitivo. Mi amigo encendía los cigarrillos de la

evocación y del recuerdo, fijos los ojos en la curva infinita y bella, inaccesible por su grandeza.

* * *

A veces, permanecíamos en silencio largo rato, tal vez horas enteras, frente a las tazas de café negro, absortos en el diálogo muído con el alma de los viejos barcos de carga y los rumores del puerto. Una de aquellas noches, herida ya con temblores vagos de amanecer, mi amigo rompió la red de nieblas que nos envolvía para hacerme el siguiente relato:

—Hace tres años atravesaba yo la fiebre del trabajo intelectual. La lectura de Dostoiewski, Balzac, Thurguenef..., el estudio de los escritores modernos y del marxismo, hacia el cual había sido atraído por un profesor de Bolonia, perseguido por Mussolini, junto con el deseo de encontrar un nuevo camino literario para mi prosa, me sumieron en un estado de intensa excitación nerviosa. Llegué a un extremo tal que perdía muchas veces el control de mí mismo. En aquel estado de espíritu fué cuando se desarrolló uno de los acontecimientos que han dejado más profunda huella en mi vida.

Pasé la tarde en el estudio de un joven pintor, un artista sincero en busca de formas y colores eternos para su arte. La pintura de un paisaje mallorquín, tratado a la manera sencilla de los artistas japoneses, pero lleno de aire, me impresionó por su nitidez, que contrastaba con el tono vigoroso, autóctono, de otro cuadro recién terminado, una dama de la alta sociedad con indumentaria de gitana. Salí de su casa con un

libro debajo del brazo y una inquietud indecible e infinita en el alma. El crepúsculo tenía suaves desmayos de brisa y de color que ayudaban a envolverme en un sueño de sensaciones imprecisas. Fué entonces cuando entré en aquel café, situado en medio del silencio de las avenidas tranquilas. Pedí café negro y mis ojos empezaron a recorrer las páginas de "Los silencios del Coronel Bramble".

El tiempo ha sido siempre para mí una en-telequia; nunca tuve que luchar contra él aunque comprendo bien a ese médico de Zweig, que espera angustiosamente una nota con el reloj y la pistola encima de la mesa. Sólo la sensación, más bien que el ruido, de que la puerta del local se abría, me hizo apartar la vista del libro para dirigirla hacia ella con mirada imaginera de noctámbulo, de hombre que vuelve de muy lejos. Quedé absorto. Una mujer alta, bellísima, de facciones maravillosamente enérgicas, maravillosamente perfectas, borró de mi cerebro la gramola y la canción favorita del bueno y pacífico Coronel Bramble.

Noté en seguida, en el brillo de sus ojos, asomados sobre el espacio y el tiempo, y en un algo peculiar que la envolvía, que aquella mujer regresaba, o iba a precipitarse, en una tragedia. Al sentarse, en el ángulo opuesto, pero precisamente en frente de mi mesa, me pareció más que nunca un barco a la deriva sobre el mar angustioso de la urbe capitalista, repleta de seres, de luchas y de escollos. Me imaginé que buscaba a oscuras un puerto firme, lleno de luces en silencio donde abrigar los temporales de su alma.

Yo había quedado tan impresionado por su belleza y su inquietud, por aquella manera exótica de entrar y de abandonarse en el diván, como

hundida en un recuerdo terrible, mas sin perder su continente grave, que volví a caer en el estado de intensa excitación nerviosa de que te he hablado antes. Sin darme cuenta me levanté y me dirigí con pasos acelerados hacia la desconocida.

—Buenas tardes. ¿Cómo sigue usted, señora? Hace ya tiempo que no nos vemos.

Sólo entonces me dí cuenta de lo que acababa de realizar. Miré en torno mío, esperando el escándalo. Pero, no, mi desconocida no parecía comprender bien lo que acababa de suceder, aquel atrevimiento de un extraño, en mi caso inconsciente, para aproximarse a un ser a quien no conoce. Ella permanecía alejada de mí y cuanto nos rodeaba. Me senté a su lado y empecé a hablarle con palabras febriles, acompañadas de gestos nerviosos. Le conté mi visita al pintor y la impresión que me habían causado sus cuadros, mis propósitos literarios, el efecto que me hizo su belleza y el estado psíquico porque creía atravesaba...

Ella había seguido, sin poder reconcentrar su atención, como sumida en otras esferas, mi charla precipitada e incoherente. Al fin, dijo:

—Anoche mismo hubiéramos entablado un magnífico diálogo. Conozco a su amigo, un gran artista, amo los buenos libros y la música, esto último por encima de toda otra cosa, pero...

Tembló su voz unos segundos y, luego, precipitadamente, continuó:

—Desde hace diez horas mi vida ha cambiado por completo. ¿Le parece a usted poco? He roto con mi pasado y ello significa romper con el futuro. No, no puedo creer...

Se levantó, disponiéndose a salir.

—¿La acompaño?, —inquirí.

—No, no lo haga; se lo suplico.

—¿Volverá usted?

—Probablemente. A las diez.

Volví a sumergirme en el libro de Maurois. Con tanta pasión me entregué a la lectura, que al doblar la última página vi con sorpresa, encima de la mesa, dos platos y una copa de vino de Málaga. Eran dos bocadillos que acababa de pedir. En el fondo de la sala, las minuterías de un pequeño reloj de cu-cú marcaban las once menos cuarto.

—Ya no vendrá, —dije, en voz alta y con angustia incontenible.

Todo mi ser, aparentemente abstraído en la lectura, había estado pendiente de aquella cita.

* * *

A un gesto tácito, el camarero cambió nuestras tazas de café negro por dos copas de ginebra. Permanecimos aun mucho tiempo en silencio, contemplando el mar, ahora de movimientos más suaves, más uniformes, como sumido en un sueño tranquilo, y los barcos del puerto.

Hasta que mi amigo continuó:

—Pero el azar, gran Dios de la aventura, que hunde navíos o los empuja con brisas prósperas, quería que continuase aquella trama absurda entre dos seres hasta entonces desconocidos.

Volvía yo a pedirle auxilio al reloj, cuando apareció ella.

—¿Quiere usted que vayamos a dar un paseo?, —insinuó, en un acento más parecido a un mandato que a una súplica.

—Encantado.



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Enfilamos la avenida desierta, por la que resbalaban los ruidos lejanos de la urbe como por una pendiente de algodón en rama. De los álamos y del cielo en reposo provenía una dulce embriaguez de formas y de sonidos que suavizaba la tensión de mi espíritu.

Paseábamos sin hablar, sumidos ambos en nuestros pensamientos. ¿Hasta cuando habría durado aquel silencio, magnífico y angustioso a la vez, producido en un alto en la lucha entre dos temperamentos?

—Ahora me encuentro mejor —dijo—; entiéndame, durante muchas horas he sostenido una violenta lucha interior, una batalla a vida y muerte con mi pasado... No es que haya encontrado aún un camino a seguir. No... la cinta del futuro está en blanco, angustiosamente en blanco. Pero la soledad, este silencio magnífico que nos envuelve, tal vez el tener al lado a alguien que ha pronunciado unas palabras de acuerdo con mi estado espiritual, me han hecho bien, han reconfortado mi espíritu. Por lo menos sé que si mis pasos han de dirigirse hacia el abismo o hacia la vida responderán ya a un exámen sereno de mis anhelos y de mis ideas.

Entonces fué cuando encontré la frase justa, precisa.

—Usted viene huyendo de algo. Dígame: ¿de qué?

Habíamos llegado a un barrio alejado de la urbe. La avenida fué borrada por calles anchas y mal pavimentadas, a cuyos lados se levantaban edificios de dos o tres pisos. Al volver una esquina, una luz débil y varios carteles con fotografías, en uno de cuyos extremos había una flecha roja, nos indicaron la proximidad de un cine.

—Cine. ¡Magnífico! Vamos a entrar.

Hice algunas consideraciones sobre el programa, lo avanzado de la hora y las condiciones que seguramente ofrecería el local.

—No importa. Lo único que deseo es ver sombras, sombras en movimiento...

Un hálito de humanidad, de vida, nos envolvió. Parejas, chiquillos, sudor limpio de cuerpos vigorizados por el trabajo, por el esfuerzo honrado, centenares de ojos fijos en la pantalla, que acerca y aleja el fin esperado. Una madeja de sueños humildes, de la que pueden surgir, cuando algo o algunos intentan romperla, pueblos y mundos nuevos.

—¿Tiene usted un cigarrillo?

Saqué de mi pitillera un cigarrillo y se lo ofrecí.

Al poco rato volvíamos a estar en la calle. Otra vez el silencio, la noche. Y mi angustia por aquella mujer y su secreto. En lo alto, la luna se había hecho más blanca, más pura, más inaccesible que nunca.

De pronto experimenté un furor sordo, inmenso, contra todo lo que me rodeaba. Quise ir, rápidamente, intuitivamente, hasta el final.

—Dígame de una vez. ¿De dónde viene usted?

Aquella mujer experimentó una sacudida brusca, pero se repuso y dijo:

—Bien, ya que usted lo quiere. Pero prescindamos de detalles, de marcos. El hecho escueto y sin mezclar en él nombre ninguno. Imagínese un puerto del Cantábrico, borrascoso y tranquilo a la vez, una vida que se va desenvolviendo en medio de la mayor serenidad, en un ambien-

te de bienestar, casi de riqueza: la mía. Una familia, con títulos. Luego, un novio, que ha de convertirse y se convierte en marido. Mas...

Hizo una pausa, y continuó:

—Veo que empiezo haciéndole una descripción demasiado formal, demasiado clásica y esto, amigo mío, no es una novela, no es literatura, sino la vida misma:..., la vida con sus dolores, con sus inquietudes..., con sus tragedias. Procuraré ser concisa y clara. Entre mi familia y yo, incluyendo en ella a mi esposo, es decir, en su manera de interpretar y sentir la vida y la mía, hubo siempre abismos insondables. Durante muchos años he permanecido aislada en los libros, en la música..., y en el amor a mi hija. Pero..., esto tampoco explica nada. Así no llegaría a comprender... Espere...

Hizo otra pausa y siguió, con débiles temblores de rebeldía y angustia en la voz:

—Escuche bien. Siendo yo pequeña, creo que tendría once años, en una de las brucas sacudidas del mar norteño se hundió un barco, pereciendo toda la tripulación. Yo estaba en el centro del gran salón de mi casa cuando escuché la noticia. Una fuerza ignorada, terrible como una tempestad, algo así como el presentimiento de que la naturaleza se había vuelto ciega, se apoderó de mí y eché a correr escaleras abajo, atravesando las calles en reposo, circundadas de torres, en línea recta hacia el mar. Esta anécdota señala un rasgo de mi carácter que le ayudará a comprender todo lo que sigue.

Su voz tuvo un leve desfallecimiento, un suave desmayo, como la luz de una vela que el aire ha agitado:

—Hace diez horas que mi hija, mi hija, mis sueños de porvenir, de pureza, lo noble, ha muer-

to.... Yo no podía continuar ya en aquel mundo mío, entre gentes falsas, que mienten siempre, escondiendo sus verdaderos instintos y sentimientos detrás de palabras puras. Y he echado a correr con todas mis fuerzas, obedeciendo a un impulso extraño, con el mismo ímpetu que corrí hace muchos años, siendo niña, aquella tarde que los temporales del Cantábrico hundieron un barco y su tripulación.

Había desaparecido el paisaje real, el paisaje que nos rodeaba, y sólo existía el recuerdo de aquel hundimiento misterioso y de la niña muerta.

—Y, ¿ahora? —pregunté aún, debilmente.

—Ahora, no sé... Si pudiera agarrarme a algo, a una idea...

* * *

—Por la madrugada me asomé al mar y a los cafetines del puerto. He comparado muchas veces el alma de aquella mujer a la deriva con el alma de los barcos que parten hacia lo ignoto.

* * *

Aún permanecemos unos momentos sorbiendo las últimas sensaciones del puerto. Una luz rosácea prestaba contornos y dimensiones a los viejos navíos y a los recodos con rumor de grúas. Algunas barcas se pusieron en movimiento. Circulo, al lado mismo del cafetín, el pequeño tren de carga. Pasaban estibadores y marineros. Era la voz del mar, era la vida en movimiento, en marcha.

Berga, 38. (España)

FIDELINA





LAS muchachas cosían lentamente, silenciosas y algo melancólicas, con esa tristeza que experimentan las almas jóvenes, con sed de plazas anchas y cielos altos para sus ímpetus y sus risas, cuando se ven confinadas en una estancia estrecha, sin ventanas al movimiento y a la alegría, en la pequeña salita, la habitación más clara y mejor arreglada de la casa, puesto que había en ella, además de su velador con algunas revistas extranjeras (números viejos, claro está, que la madre había comprado tiempo antes en una librería de lance), varios de esos cuadros ingenuos, arte para las almas simples y puras, que representan paisajes lejanos, casitas de madera en medio de la nieve y puentes de fantasía sobre un río azul.

Eran tres las hermanas: Rosita, Beba y Ligia. La primera, pequeña, bonita y entradita en carnes. Frágil y casi blanca, casi rubia, con un nimbo de ensueño en su torno, Beba. Alta y ágil, con cuerpo y ojos arrogantes de india, la tercera.

Doña Aurora las contemplaba en silencio, sumersa en sus meditaciones interiores, en los mil pequeños problemas que se le presentaban a cada momento —las pequeñas deudas contraídas en la pulpería de al lado, el vencimiento próximo del alquiler, la salud de Tulio, el benjamín de la familia—, envuelta por esa red de inquietudes y sueños humildes que atenazan la garganta de los pobres y hacen que el cielo se vuelva más estrecho y se apague la luz de sus más bellas estrellas. Varias veces se le quedó la aguja en alto y los ojos clavados en la tarde gris y en el caer monótono de la lluvia fina que azotaba el vuelo de colores desvaídos por encima de los tejados.

Pesaba sobre ellas una melancolía inexplicable, un tedio lento y taciturno que se arrastraba por la sala como un perro perezoso. Las tres habían captado el gesto de la madre y sus manos se paralizaron también un segundo, mientras los ojos buscaban los grises inefables de la tarde, ya barco con rumbo hacia las costas sin fondo del crepúsculo.

De pronto, como respondiendo a un monólogo interno, Doña Aurora exclamó:

—Si al menos llegase Fidelina.

Josefina, o Fidelina, como se la llamaba en la casa, había entrado al servicio de la familia hacía cuatro años, cuando apenas ella tenía trece. Entonces corrían velozmente, con palpitar ansioso de caballo, los tiempos prósperos. Vivía aun Don Tulio, con su andar sereno y aquella su sonrisa ancha de hombre fuerte, y las horas estaban llenas de risas y cantos, de una despreocupación feliz que ponía tintes claros y bellos en las mejillas de las niñas y brisas y soles suaves en la vida del matrimonio. A su muerte, Doña Aurora se sintió débil, velero frágil para vencer.

todos los escollos y todos los temporales que veía ya avanzar, sentada frente a la memoria del muerto, los días nublados que se arremolinaban a lo lejos, inciertos y temblorosos como una tarde de otoño.

Pero no se quedaba sola, no. Allí, a su lado, previéndolo todo, evitando arrugas inútiles en los sueños de las muchachas, incansable y buena, estaba Fidelina.

—La quiero tanto como a mis hijas, —decía siempre Doña Aurora a sus amistades, las pocas familias que no se alejaron a la hora del infortunio—. Sin ella no sé hacer nada.

Fidelina era "prieta", de cuerpo y rostro que, sin ser desagradables, eran insignificantes. Pasaba siempre inadvertida en todas partes, aunque ella no tuvo nunca tiempo de pararse ante el espejo de la ilusión y del deseo, porque su tiempo y su cerebro estaban absorbidos por completo en el ajetreo diario, en los mil quehaceres y problemas domésticos. Ella era la que sabía resolver, dándoles plazo, las deudas con el pulpero, la que entretenía al chico de la leche y al que traía el pan, la que en los momentos más graves, cuando el fantasma de la miseria absoluta rondaba cerca, envolvía discretamente, ocultándolo a las miradas torpes, algún objeto querido y lo llevaba al prestamista. No quería dinero. No necesitaba ropa, ni perfumes, ni zapatos vistosos. Por la noche, sentada en un rincón de la cocina, encendía un cigarrillo y lo fumaba lentamente, voluptuosamente, pensando en sus campos verdes, asaetados de bohíos y en sus ceibas altas y orgullosas del Sur, hacia las que iba de vez en cuando.

La casa estaba cerca del mar, en los alrededores del puerto, y algunas noches, tarde ya, Do-

ña Aurora y Fidelina amaban pasearse por los muelles, contemplando los buques y pequeñas barcas de los pescadores, varados en la sombra, mientras el diálogo enredábase en el futuro:

—Casada Rosita, las cosas cambiarán. Ligia se irá a vivir con ellos. A Tulio lo enviaré al campo, con la abuela. Ya verás...

De regreso, Doña Aurora leía un rato la Biblia y la muchacha se escondía a fumar su cigarrillo.

Apenas si se oyó el ruido del carro al detenerse, el golpe seco de una maleta al ser depositada en el suelo y en el umbral estaba ya, sonriendo, aguardando el abrazo de las tres mujeres que corrían hacia ella, Fidelina.

* * *

Si la tarde fué triste y llena de lluvias, la noche es límpida, serena, alta de azules y estrellas. Porque el dolor sucede siempre a la alegría y la alegría al dolor; porque a la vida de las muchachas en flor les basta un lucero para extenderse en risas y horizontes amplios, porque Julio, el novio de Rosita, trajo a unos amigos y se bebieron unos refrescos y se conectó el viejo radio. y se tienen dieciocho años, veinte años, y los pies jóvenes quieren volar altos como los sueños y se danza, la existencia es ahora un camino de almendros blancos en una noche de mayo.

Sólo Fidelina permanecía en su rincón de la cocina, rodeada de los sencillos objetos domésticos, persiguiendo en el aire las líneas de humo de su cigarrillo. Por la galería entraban voces y esencias, un perfume suave, casi alado, casi im-



[The text on this page is extremely faint and illegible due to the quality of the scan. It appears to be several paragraphs of a document.]

perceptible. Se sentía bien allí, en aquel su puerto en reposo, al que afluían en remanso todas las sensaciones e inquietudes del día.

¿Quién fué el que llamó? ¿Por qué la orquesta invisible del cielo ha roto la calma de su ensimismamiento, el curso sereno de su trente pensativa? ¿Es que ya no hay piedad ni ternura en el mundo y es cierto que los astros se rigen por leyes fijas y frías? Un muchacho alto, fuerte, estaba frente a ella. Era rubio y blanco, azules y grandes los ojos, despeinados los cabellos por los movimientos del baile. Le pedía unos vasos. Fidelina experimentó una sensación brusca, como si alguien le gritase algo en su interior y un deseo ignorado hasta aquel momento aflorase a la superficie de su alma. De súbito, tuvo la revelación de una vida nueva, el presentimiento de sensaciones luminosas que convierten la existencia en un vino dulce, en una embriaguez suave que vela los paisajes falsos y los rincones sin luz de luna. Sí, ella iba también a bailar, a reír, a unirse a la fiesta.

Pero ya el muchacho se alejaba, rápido, sin decirle una palabra, sin siquiera mirarla, dejando atrás el corredor en sombras para internarse en la sala, mancha luminosa que aparecía en el fondo, encendida por los brillos de la lámpara. Vió como vaciaban el contenido de una botella en los vasos, como el joven cogía a Ligia por el talle y la llevaba suavemente, suavemente, envuelta en la serpentina de un vals.

Primero fué una tristeza honda; luego un sentimiento de cólera, de rebeldía. Se miró las manos. Negras. Eran negras. Por primera vez tuvo conciencia de su raza, comprendió que aquella piel suya era la frontera infranqueable que le cerraba el paso hacia ellos, hacia el mun-

do luminoso y mágico de las tres parejas. No, ella no se sentiría nunca aprisionada por aquellos brazos, ella no sabría nunca, nunca, lo que es el amor de un hombre blanco y rubio en una noche alta de sueños y estrellas. Era negra. Negra. Y se echó de bruces sobre la vieja mesa de la cocina, otra vez en medio del polvo, de los desperdicios, de la obscuridad, llorando lentamente, en silencio, sobre veinte siglos de la tragedia de su raza.

INDICE

LA TRAGEDIA DEL CAPITAN NORTEN	11
<i>Capítulo de la novela</i>	
DOS SOMBRAS Y UN AMANECEER	25
UNA MUJER A LA DERIVA	35
FIDELINA	49

ESTE LIBRO SE IMPRIMIO, AL CUIDADO
TIPOGRAFICO DE EMILIO SERRA, EN
LA IMPRENTA "SAN FRANCISCO", DE
CIUDAD TRUJILLO. Y SE ACABO DE IM-
PRIMIR UN AMANECER LENTO Y GRIS
DE UN DIA CUALQUIERA DE MAYO DE
MCMXLIII

Faint, illegible text centered on the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Periodo Ilc. A. FERNANDEZ SPENCER 1991

